

MERCADO DE IB



Mercado de Ibiza. Madrid

Ahora soy el señor Chang, no la peste amarilla

Ángel Falder Rivero

Cuando llegué a Madrid, hace veinte años, no utilicé el procedimiento que habitualmente siguen mis compatriotas, consistente en “contratar” mi trabajo en España por medio de una “agencia de colocaciones” china, porque después no resultaba fácil escapar de su influencia. Quedaba uno atrapado para toda su vida y volvía uno más viejo -y a veces más pobre- a su pueblo de partida.

Por eso hice el viaje por mi cuenta enrolándome como cocinero sin sueldo en un barco mercante que hacía el trayecto Shanghai-Valencia. Llegué a Madrid como pude (era una época en la que todavía se podía hacer autostop con los camiones de naranjas) y recalé en el mercado de Ibiza, situado cerca del Retiro madrileño. El mercado era entonces moderno y estaba dividido en pisos, siendo el más barato el que obligaba a los clientes a subir más escaleras. Todo el mundo miraba la peseta.

La gente que allí compraba era de clase media, aunque pomposamente presumían de vivir en el “Barrio de Salamanca”. La verdad es que la mayor parte de los clientes del mercado de la calle Ibiza pasaban serios apuros para llegar a fin de mes.

Predominaban los jubilados, muchos de los cuales no podían con sus huesos. Los dueños de los puestos les



servían -a veces- la mercancía a domicilio y encima les fiaban. Para el “reparto” utilizaban “voluntarios” que trabajábamos sin sueldo a la espera de una propina, que -lógicamente- no podía ser demasiado generosa. Aún así conseguí reunir unos ahorrillos que llevaba cosidos al pernil del pantalón. La comida me salía prácticamente gratis, con los géneros a punto de estropearse que me regalaban los tenderos, y para dormir utilizaba los soportales de algunos edificios -medio en ruinas- que eran vestigios de los antiguos sindicatos verticales y que quedaban justamente frente al mercado. También utilizaba algunas jaulas no ocupadas por animales del zoo del Retiro. Una noche me desperté sobresaltado: unos encapuchados me enfocaban con la luz de una linterna. Pensé que eran los municipales o los guardas del Retiro, pero era una pandilla de gamberros que, al grito de “hay que acabar con esta peste amarilla”, me pegaron una tunda de palos, me dejaron mal parado y me quitaron hasta el último céntimo. Agarrándome como pude a las farolas y apoyándome en los coches que estaban aparcados en el bulevar, llegué medio muerto a un hospital próximo, donde -sin hacer demasiadas preguntas- me atendieron perfectamente, me dieron de beber una taza de caldo y me obligaron a guardar cama en el mismo centro médico.

Recibo visitas inesperadas

Al día siguiente, la noticia de la soberana paliza que me habían propinado los enmascarados corrió como la pólvora por todo el mercado de Ibiza y ya por la noche apareció por el hospital una pescadera, llamada María, y un frutero, llamado Pepe, a los que yo distribuía sus mercancías cuando era necesario. Estaban indignados con el incidente y ya habían hablado con los guardias municipales que “en teoría” vigilaban el mercado de Ibiza y sus alrededores.

—A ver si servís para algo más que para poner la mano e incordiar a los industriales del mercado.

—No se preocupe, señora María; no se preocupe señor Pepe, que nosotros nos hacemos cargo de la denuncia y ya verán cómo vamos a coger a los culpables.

Los culpables no fueron identificados jamás y yo al cabo de una semana, molido todavía por los golpes recibidos, volvía a mi trabajo habitual.

La generosidad de los propietarios de los puestos de alimentación del mercado de Ibiza no se limitó a darme mejores sobras que de ordinario, sino que organizaron una suscripción pública en la que, ¡oh milagro!, los primeros donantes eran los Bancos que operaban en la zona. Lo único malo es que me quedó para siempre en el mercado el remoquete de “peste amarilla”.

Se incrementan mis ahorros

La verdad es que el dinero recolectado superaba al que yo tenía ahorrado antes de la paliza. Un día de noviembre, la señora María me habló muy seriamente de que no podía seguir durmiendo a la intemperie. En primer lugar porque estaba expuesto a nuevas gamberradas y en segundo lugar porque se acercaba el invierno, que era muy frío y húmedo en el barrio, dada la proximidad del Retiro. Me buscaron una habitación modesta, que alquilaba una viuda, y el descanso bajo techo me daba renovadas energías por trabajar como el recadero más activo del mercado.

Entre tanto la situación económica de la gente del barrio había mejorado sensiblemente (me contaron que inicialmente el mercado de Ibiza era simplemente un mercadillo instalado en el bulevar). Al mejorar el nivel económico de la gente yo fui aumentando -poco a poco- el saldo de mi cartilla de ahorro y mis conocimientos de español.

Chang, casa de comidas china

En mi trato con los clientes del mercado me di cuenta de que no eran muy partidarios de la comida china, porque consideraban que tenía un origen oscuro y misterioso.

Como pude, monté en el barrio un pequeño restaurante chino, donde yo cocinaba y servía las mesas. Tuve la feliz idea de colocar carteles en el interior del local (no me atrevía a hacerlo en la puerta del restaurante) en las que decía: comidas guisadas al estilo chino con productos españoles comprados en el mercado de Ibiza.

Fue un auténtico éxito: venían comensales de todo Madrid a comer en casa Chang y ahora soy el Sr. Chang, respetado restaurador del barrio de Salamanca. Ya no me llaman “la peste amarilla” y creo que todo esto es el resultado de la solidaridad de tenderos, personal sanitario, y vecinos todos del barrio de Ibiza, a los que eternamente les estaré agradecido.

Pedro Chang.

Ángel Fálder Rivero



MERCADO DE IBIZA. MADRID



El Mercado de Ibiza está situado en la calle del mismo nombre, en pleno corazón del madrileño barrio de Salamanca. Fue construido en 1954 y tiene una superficie comercial de unos 5.000 metros cuadrados.

En sus instalaciones hay unos 50 puestos en funcionamiento, de los que un tercio son fruterías, otros 14 ofrecen carnes y productos cárnicos, y 5 son pescaderías. Este mercado ha conocido durante los últimos años un cierto descenso de actividad, con el cierre de algunos comercios, pero sigue manteniendo un gran protagonismo en la actividad comercial del barrio, con una oferta de gran calidad en productos frescos.